

MUY HUMANO

El Ciudadano. Semanario de intereses generales,
19 de marzo de 1920, vol. II, número 46, págs. 25-26⁵.

Contra su costumbre, Julián, al saltar del tren, maleta en mano, no se sacudió la americana para limpiarla del polvo del camino. Muy dentro de sí mismo, perdido en graves preocupaciones, no se cuidó de que la gente provinciana que llenaba el andén, notase en su traje un descuido, una mancha de carbón cualquiera, alguna arruga poco artística. Sentía tabletear en su cerebro, como rudos martillazos, el doloroso desfile de cosas que fueron, que se había iniciado en su mente desde que tuvo el propósito de volver al pueblo. Quizás por primera vez en su vida, el elegante Julián se olvidaba de pasar por sus mejillas, un pañuelo perfumado...

Rojo, ardiente como una fragua, volcaba un sol de canícula todo el incendio de sus rayos sobre la planicie que tuvo que atravesar Julián antes de llegar al pueblo. La carretera polvorienta, aquí y allá interrumpida en su monótona uniformidad por la mancha gris de algún árbol raquíutico, se perdía en la lejanía en una tonalidad rojiza que parecía intensificarse en la vacuidad del horizonte. Sentíase serpentear a lo largo de aquel camino esa indefinible soledad que acompaña a los grandes desiertos, y a los abandonados cementerios.

—El señorito acaba de llegar de la ciudad, supongo. Aquello debe estar a estas horas ardiendo... Aquí gracias a Dios, todavía se siente de vez en vez alguna brisa que le refresca a uno la cabeza... Pero ¡estas carreteras!... Dios santo cuidado que asfixian con el polvo... Y claro; V., se quedará aquí por dos o tres meses...

La charla del cochero, confidencial y respetuosa al mismo tiempo, hubiese en otra ocasión divertido a Julián. Pero ahora, que sentía

⁵ Transcrito del original del semanario que se encuentra en la sección de Filipiniana, de manuscritos y libros raros, de la Biblioteca Nacional de Filipinas.

pesar sobre su alma toda la desolación de una tragedia sentimental que presentía, la curiosidad provinciana del cochero sólo le arrancó una sonrisa amarga.

—Pues, sí; Nicolás. La ciudad está ardiendo, y uno tiene que estar continuamente metido en agua hasta el cuello. Pero ya ves... mañana mismo tendré que volver a aquel infierno.

Nicolás abrió los ojos dudando. ¿Cómo? ¿No pasaría el señorito las vacaciones de verano en el pueblo como los demás estudiantes? Y la Semana Santa, ¿dónde la pasaría?

Al conjuro de esta frase, el desfile de visiones de cosas que fueron, continuó su obra impiadosa de amargar con los recuerdos del ayer, la desolación del presente. Aquella historia de amores que estaba a punto de terminar, tuvo su principio en otra Semana Santa, hacía muchos años. Fue después de la procesión de un Jueves Santo, cuando ella, Elena, cubierta la cara con un pañuelo encubridor de sudores virginales, pronunció en contestación a sus requerimientos de amor, el “sí” codiciado. Y ahora...

—¡Bah!...—murmuró Julián, en un despertar de la voluntad fuerte—. Cuando se hace preciso aplicar el cauterio, se lo aplica con bravura, ¡así sea al corazón!...

Y así, aquella misma noche, después de la procesión —una larga fila de enlutados que acompañaban el cuerpo del Redentor, cruzado de cardenales— habló Julián con Elena. Un quinqué de gas, parpadeante con su luz amarillenta de cirio, fue el único testigo de la conversación. Sobre la pared de la casa, blanca, con blancura de albayalde, se esbozaron sus sombras como jeroglíficos absurdos.

—Ya ves, Elena, como en vez de una carta como tu pedías en la tuya, he venido personalmente a darte la contestación. La tendrás clara, sin subterfugios. A tu franqueza, tengo que corresponder con otra franqueza mayor ...

Hubiese querido pedir explicaciones sobre aquella carta que un día recibió impensadamente, cuyos términos se condensaban en la

frase final: “nuestros amores, efímeros como todo lo transitorio y lo humano, tienen que cesar”. De Elena, la muy amada, se había formado una imagen, en lo santa, insuperada; en lo hermosa, inmarchitable; que mal se compaginaba con la Elena, autora de aquella carta que así tan brutalmente daba fin a sus sueños.

Pero por una rebeldía de su alma que se negaba a iniciar las explicaciones, sus labios permanecieron mudos, y pálido, tembloroso, sacó del bolsillo un montón de cartas. Flojos los dedos, se escapó una, arrancada de la prisión de su sobre. La pátina del tiempo, la había marcado con tinte amarillento. Julián se inclinó para recogerla y sus ojos tropezaron con una frase: “Tuya para siempre”.

Una sonrisa de amarga ironía entreabrió sus labios.

—Ahí tienes mi contestación, “mía para siempre”.

Elena cogió las cartas, muda, indignada por aquella sangrienta burla. Después, sobre la blancura de sus mejillas, se extendió un velo de tristeza.

—¿Las has traído todas? —inquirió—.

—Ni una más, ni una menos...

El timbre de su voz quería ser viril, de brava decisión; pero su corazón, roto en pedazos por aquel inmenso sacrificio de un amor que así terminaba tan trágicamente, tan inesperadamente, puso en su acento un temblor de amargura inenarrable.

—Bien, Sr. Roca, V. tendrá también las tuyas...

Elena no quiso llamarle por el nombre de pila, no quiso tutearle, en un alarde de indiferencia. Se levantó del asiento, y detrás de la puerta de su cuarto, desapareció su silueta, alta, esbelta, cimbreante. Después volvió, enrojecidos los ojos, indeciso el andar. Sobre la palidez marfileña de sus dedos, blanqueaba un montón de cartas viejas.

Alargó la mano, pero sus ojos no se atrevieron a seguir su dirección. Fueron segundos de dolorosa tortura, que culminaron en un beso, frío, muy frío como de unos labios muertos, sobre la punta de sus

dedos, y en una voz, quejumbrosa, elocuente de dolor que decía.

—¡Adiós, Elena, adiós!

Se despidieron para no volver a verse jamás.

Y se despidieron creyendo odiarse mutuamente, con un odio inacabable, eterno, acusándose ambos de haber sido autores el uno de la desgracia de la otra irremediable, horriblemente dolorosa.

Pero a través de los cristales de las ventanas, dos ojos ansiosos buscaron las tinieblas, para sorprender en ellas la vaga silueta de un hombre que se iba, cabizbajo y triste. Y aquella vaga silueta, se volvió lentamente antes de dar el recodo a una calle y dirigió a la casa, a la casa de ella, una mirada indefinible. Después se enjugó los ojos...

Después nada. Sólo las tinieblas, y un perro que ladró furioso contra una sombra que desaparecía...

Manila y marzo de 1920.